



**Pierre Loti**

## **CUENTOS**

### **La aflicción de un viejo presidiario**

Es una historia muy breve que Yves me contó una noche tras haber ido a la rada a conducir con su lancha cañonera un cargamento de condenados hasta el buque que salía hacia Nueva Caledonia.

Entre ellos se encontraba un presidiario muy viejo (setenta años por lo menos) que llevaba consigo, con toda ternura, un pobre gorrión en una jaula pequeña. Para matar el tiempo, Yves había entablado conversación con aquel viejo que, al parecer, no tenía mal aspecto y que estaba unido por una cadena a un joven grosero, burlón, que llevaba gafas de miope sobre una fina nariz descolorida.

El viejo trotamundos, detenido por quinta o sexta vez por vagabundeo y robo, decía:

-¿Cómo arreglárselas para no robar una vez que se ha comenzado; cuando no se tiene un oficio; cuando la gente no te quiere en ningún sitio? Hay que comer ¿no? Mi última condena fue por un saco de patatas que había cogido en un campo, con un látigo de carretero y una calabaza. Y yo me pregunto: ¿no podrían haberme dejado morir en Francia, en lugar de enviarme allá tan lejos, tan viejo como soy?

Y feliz al ver que alguien aceptaba escucharlo con compasión, a continuación le había mostrado a Yves lo más precioso que tenía en este mundo: una jaulita y un gorrión. Un gorrión domesticado, que conocía su voz y que durante cerca de un año, en la cárcel, había vivido subido a su hombro. ¡Ah! ¡No había sido sin esfuerzo como había

conseguido el permiso para llevárselo consigo a Nueva Caledonia! Y luego, hubo que hacerle una jaula adecuada para el viaje; conseguir madera, un poco de alambre viejo y un poco de pintura verde para pintarlo todo y que estuviera bonito.

Aquí, recuerdo textualmente las palabras de Yves:

-¡Pobre gorrión! Como comida tenía en su jaula un trocito de ese pan gris que se da en las cárceles. Pero parecía encontrarse contento pese a todo; daba saltitos como cualquier otro pájaro.

Unas horas después, cuando se abordaba el buque y los presidiarios iban a embarcar en éste para el largo viaje, Yves, que se había olvidado del viejo, pasó por casualidad cerca de él.

-Tenga, cójala usted -le dijo con una voz cambiada, tendiéndole la jaula- tal vez pueda servirle para algo, o le guste...

-¡No, por supuesto! -le agradeció Yves-. Tiene que llevársela, ya sabe. Él será su pequeño compañero allá...

-¡Oh! -exclamó el viejo- él ya no está dentro... ¿No lo sabía? Él ya no está...- Y dos lágrimas de indecible aflicción le corrían por las mejillas.

Durante un vapuleo de la travesía, la puerta se había abierto, el gorrión se había asustado, se había escapado e inmediatamente después había caído al mar porque tenía un ala cortada. ¡Oh! ¡qué momento de horrible dolor! ¡Verlo forcejear y morir, arrastrado por la rápida estela del barco, y no poder hacer nada por él! En un primer momento y en un impulso muy natural, había querido gritar, pedir socorro, dirigirse incluso al mismo Yves, suplicarle... Impulso que detuvo de inmediato la reflexión, la consciencia inmediata de su degradación personal: un viejo miserable como él, ¿quién se habría apiadado de su gorrión? ¿quién habría escuchado siquiera su ruego? ¿Cómo se le podía ocurrir que detendrían el barco para repescar un gorrión que se estaba ahogando, un pobre gorrión de un presidiario? ¡Qué sueño tan absurdo!... Entonces había permanecido en silencio en su sitio, mirando cómo se alejaba sobre la espuma del mar el cuerpecillo gris que seguía bregando; se había sentido horriblemente solo, para siempre, y gruesas lágrimas, lágrimas de desesperanza solitaria y suprema le nublaban la vista, mientras que el joven de las gafas, su compañero de cadena, reía de ver a un viejo llorar.

Ahora que el pájaro ya no estaba allí, no quería conservar aquella jaula, construida con tanta solicitud para el pequeño gorrión muerto; seguía ofreciéndosela a aquel buen marino que había aceptado escuchar su historia, deseando dejarle aquel legado antes de partir para su largo y último viaje. Yves, tristemente, había aceptado el regalo, la casita vacía, para no apenar más a aquel viejo abandonado aparentando despreciar aquello que tanto trabajo le había costado.

Creo que no he sabido transmitir todo cuanto había de doloroso en este relato tal y como se me hizo.

Era por la noche, muy tarde, y estaba a punto de irme a dormir. Yo que, sin conmovirme demasiado, he contemplado en la vida no pocos dolores de gran estruendo, dramas, matanzas, me percaté con sorpresa de que aquella triste historia senil me partía el alma y terminaría incluso por perturbar mi sueño.

-Si hubiera alguna forma de enviarle otro...

-Sí -respondía Yves- yo también he pensado en eso. Comprarle un pájaro bonito en una pajarería y llevárselo mañana en la pobre jaula, si había tiempo antes de la salida. Un poco difícil. Además sólo usted podría obtener permiso para ir a la rada mañana por la mañana y subir a bordo del buque para buscar a aquel viejo del que ni siquiera conozco el nombre... Solo que.. lo encontrarían todo demasiado cómico.

-¡Oh, sí, en efecto! De que lo van a encontrar cómico, no me cabe la menor duda...

Y, por un instante, en el fondo de mí mismo yo también me reí por esta idea, risa interior que apenas se muestra. Sin embargo, no puse en práctica el proyecto: cuando me desperté a la mañana siguiente, y una vez que se esfumó la primera impresión, la cosa me pareció infantil y ridícula. Con todo, aquella aflicción no era de las que se pueden consolar con un simple juguete. Para aquel pobre y viejo presidiario, solo en el mundo, ni el más bello ave del paraíso habría podido reemplazar al humilde gorrión grisáceo, con un ala cortada, criado con pan de la cárcel, que había sabido despertar las ternuras infinitamente suaves y las lágrimas, en el fondo de un corazón endurecido, casi muerto...

## **El castillo de la Bella Durmiente**

Con frecuencia he lanzado una llamada de auxilio a mis amigos desconocidos para que me ayudaran a socorrer las penurias humanas, y siempre han escuchado mi voz. Hoy se trata de socorrer árboles, nuestros viejos robles de Francia que la barbarie industrial se empeña en destruir por todas partes, y vengo a implorar: «¿Quién quiere salvar de la muerte a un bosque, con un castillo feudal en el centro, un bosque cuya edad ya no conoce nadie?»

Viví en este bosque doce años de mi infancia y primera juventud; todos sus peñascos me conocían, y todos sus robles centenarios, y todos sus musgos. El terreno pertenecía por entonces a un anciano que no venía jamás, que vivía enclaustrado en otro lugar, y que en aquellos tiempos yo me representaba como una especie de invisible personaje de leyenda. El castillo estaba confiado a un administrador, rústico solitario y algo huraño, que no le abría la puerta a nadie; no se visitaba, no entraba nadie en él; yo ignoraba lo que podían ocultar las altas fachadas sin ventanas y me limitaba a mirar de lejos sus grandes torreones; mis paseos infantiles por el bosque se detenían al pie de las terrazas musgosas, envueltas en la oscuridad verdosa de los árboles.

Después, me marché a recorrer la Tierra, pero el castillo cerrado y sus profundos robleales obsesionaron siempre mi imaginación; en medio de mis largos viajes, regresaba como un peregrino piadosamente conducido por el recuerdo, diciéndome cada vez que nada de los países lejanos era más sosegante ni más hermoso que aquel rincón ignorado de nuestra Saintonge. El lugar, por otra parte, permanecía inmutable: en los mismos recodos de los bosques, entre las mismas rocas, yo encontraba las mismas gramíneas finas, las mismas florecillas exquisitas y escasas; en los claros, sobre las alfombras de líquenes jamás holladas veía, por aquí y por allá como antes, las pequeñas plumas azules semejantes a turquesas, caídas del ala de los gálculos; en los foscarrales, los zorros al pillaje lanzaban sus mismos aullidos nocturnos. No cambiaba nada; sólo los musgos espesaban su terciopelo sobre los peldaños de las escalinatas, los culantrillos

delicados invadían lentamente las terrazas y, en los pantanos de abajo, los helechos acuáticos alcanzaban tamaño gigante.

Y resulta que esta situación de abandono, inverosímil en nuestra época utilitaria, se había prolongado por más de medio siglo y se decía que el sueño de aquel castillo tal vez durara mucho más aún, como le ocurrió al de la Bella Durmiente. Pero he aquí que el anciano invisible acaba de fallecer hartado de días; sus herederos van a vender la propiedad encantada y los explotadores de la madera están dispuestos a comprarla para derribar los árboles: ¡imagínense, obtendrían madera por valor de doscientos mil francos realizables de inmediato, y además el terreno!

¡Con cuánta melancolía regresé allí hace unos días, una tarde de finales de verano, para hacer una peregrinación que bien podría ser la última! Uno de los nuevos herederos - hasta entonces desconocido para mí - avisado de mi visita, había tenido la amabilidad de precederme para poder recibirme. Pero yo quería primero estar a solas y, dejando mi automóvil a una media legua del castillo, como conocedor de aquellos bosques, me deslicé por estrechos senderos hasta el barranco en el que, en tiempos de mi infancia yo había tenido mis visiones más apasionadas de naturaleza y exotismo.

Es sin duda un lugar único en nuestro clima. El pequeño riachuelo sin nombre que atraviesa todo el bosque por un valle en pendiente, que se entretiene allí rodeado de rocas, oculto bajo un montón de vegetación silvestre, se expande en medio de las turbas y de los herbazales para formar algo similar a un pantano tropical. Antes de que yo hubiera contemplado las verdaderas flores exóticas, aquel barranco se las revelaba ya a mi imaginación de niño. Los árboles que forman aquí una oscuridad verdosa son singularmente altos, esbeltos, agrupados por manojos que se inclinan como los bambúes. Al abrigo de esas bóvedas de ramas y de esa especie de acantilado que protege como un muro del viento invernal, toda una reserva de naturaleza virgen permanece acurrucada en una humedad y una tibieza casi subterráneas; los juncos brotan de cepas tan viejas y tan altas que se les diría subidos sobre un tronco como las dracenas; lo mismo cabría decir del mayor de nuestros helechos, la osmunda, que ahí parece casi arborescente. Es también la región de los musgos prodigiosos que parecen plumas rizadas sobre todas las piedras del suelo, y de otras mil plantas desconocidas en otros lugares, de una fragilidad y desconfianza extremas, que no se arriesgan a brotar sino sobre terrenos tranquilos desde siempre.

Habría que preservar celosamente estos edenes sin duda milenarios que ninguna voluntad, ninguna fortuna serían capaces de recrear. En la penumbra del sotobosque, tomo el sendero, más bien la incierta senda, que pasa justo al pie del acantilado de cerco. Las rocas sobresalen, rocas de un gris algo rosado, hasta tal punto frotadas por los siglos que ya no tienen sino superficies redondeadas. He aquí en primer lugar en esta muralla una extraña y adorable hornacina, completamente festoneada de estalactitas y cairelada de culantrillo, de la que brota una fuente. Un poco más lejos, las rocas lisas, que parecen plisarse como colgaduras que se levantan, descubren poco a poco profundas entradas oscuras que son las grutas prehistóricas abiertas a lo largo de este sombrío lapachar; nada ha debido cambiar en los alrededores desde los tiempos en los que sus huéspedes primitivos afilaban allí sus cuchillos de sílex. Muchas de esas grutas se comunican y muestran atrios de medio punto, o dentados y de diseño ojival. Finalmente, llego a la más grande, cuya sala de entrada tiene como una cúpula de iglesia; la media luz verdosa de la frondosidad no penetra hasta muy lejos y, al fondo, entre los pilares compactos que le han construido las estalactitas, se ven pasillos que van a perderse en la más completa oscuridad. Antaño, me gustaba aventurarme por ellos con

una lámpara y un hilo conductor, y recuerdo que una vez, hacia mis quince años, había estado a punto de perderme en el dédalo de aquellas galerías tapizadas por densas coladas de nieve o de leche, que poseían todas la misma blancura de sudario.

El sendero, siempre cubierto y semioscuro pero cada vez más fácil, remonta finalmente hasta el nivel de la llanura entre bosques densos donde la flora es totalmente diferente sobre un terreno seco alfombrado de musgos diversos.

Ahora, una amplia avenida recta en dirección al norte va a conducirme al castillo. Pasa por en medio de los bosques; en primavera las pervincas le forman alfombras completamente azules y los robles la recubren dándole el aspecto de una interminable nave; en cualquier otro lugar se contentarían con estos robles, pero son árboles de unos sesenta años, es decir, arbolillos si se les compara con los que me esperan más lejos.

Al extremo de la avenida, la oscuridad verde se hace más densa de repente; aquí los grandes robles tienen siglos, los musgos y los helechos se han instalado sobre sus vigorosas ramas. Y, por fin, empieza a surgir la morada de la Bella Durmiente. Siempre en la misma penumbra, primero se ve la vieja verja de hierro forjado y la musgosa escalinata de una inmensa y real terraza de balaústres y luego, más allá, aún lejos, en una perspectiva entre las ramas, una fachada y unas torres doradas por el sol otoñal. Dos edificios Luis XIII, cerrados desde hace cien años, emergen en los ángulos de aquella terraza desierta que domina desde una altura de treinta o cuarenta pies el río encajonado, el mundo estremecido de los álamos y de las coscojas, la brega de herbajes, de juncos, de helechos de agua y de nenúfares, es decir, toda la inextricable jungla de abajo...

Uno de los nuevos propietarios, que me esperaba, vino a mi encuentro. Va a permitirme el acceso al castillo junto al que he vivido tanto tiempo sin poder entrar en él. Veo un primer portal en piedra rojiza donde bajorrelieves de hace cuatro siglos representan leones dormidos. Luego un torreón avanzado de vigilancia, un antiguo puente levadizo, un patio de honor. Las torres del castillo están en estos momentos por encima de nuestras cabezas, con sus almenas de la Edad Media feudal y sus tejados de pizarra añadidos durante el Renacimiento.

La puerta se abre y entramos. Aunque las murallas exteriores no tuvieran grietas, yo preveía un deterioro propio de un edificio abandonado. Pero no, nada se ha deteriorado. Las paredes, es cierto, están enjalbegadas con una modesta cal rústica, pero todos los techos han conservado sus enormes vigas, pintarrajeadas durante el Renacimiento y bastaría un lavado para hacer resucitar en ellas por completo los dibujos originales y el colorido. Aquí y allá, muebles algo ajados, sedas apagadas, de estilo Luis XV, Luis XVI o del Directorio... Realmente, un adquisidor suficientemente refinado como para apreciar este tipo de sencillez señorial que fue la de nuestros castillos provinciales a finales del siglo XVIII, no tendría más que tomar posesión e instalarse.

Una sala, no obstante, desentona por su lujo más recargado. Los artistas del Renacimiento italiano, mandados llamar por los señores de entonces, habían prodigado en ella las pinturas y las cinceladuras; en los muros y en el techo, marcos esculpidos en madera, de gran finura, rodean curiosos cuadros de una época imprecisa y transitoria, en los que determinados rostros tienen la ingenuidad de los primitivos, mientras que los claroscuros y los detalles de los músculos hacen pensar en una influencia de Miguel Ángel.

Pero lo que no tiene precio, lo que no tiene igual en ningún sitio, es la vista que se tiene desde las ventanas de arriba y de las habitaciones de los torreones: más allá de las

grandes terrazas superpuestas y de los viejos jardines a la francesa, por todas partes, no importa donde se mire, una lontananza que hace olvidar el siglo actual, una lontananza que no indica ninguna época de la historia; o si se quiere, es la Edad Media, o incluso la época de los galos; no hay nada más que un apacible despliegue de ramas, la paz infinita de las cosas que el hombre no ha trastocado aún. Se respira el eterno aroma de los árboles, de los musgos y de la tierra. Hacia el sur, están bosques por los que he venido y que caen hacia el barranco de las grutas. Por todo el oeste, por encima del río y de una línea rocosa, hay otros bosques muy intrincados donde conozco enterramientos galorromanos y que, fuera del campo de visión, encierran un extraño y pequeño desierto de grava. Finalmente, hacia el norte, hay un encrespamiento de cumbres más altas y más sombrías, de un verde intenso donde el otoño no pone jamás sus tonos de herrumbre: es el bosque de carrasca que visitaremos dentro de poco.

Y, adivinando por las maneras de mi anfitrión, por su espíritu distinguido, que sabrá comprenderme, le hago ver qué tipo de crimen cometerían al entregar aquella propiedad a los bárbaros. Efectivamente, él era de mi misma opinión, pero por cuestiones de partición (son numerosos herederos todos dispersos y establecidos en otros lugares) había que vender y los explotadores de árboles renovaban sus ofertas apremiantes.

-¡Cómprelo usted! -me dijo.

Evidentemente, la respuesta era previsible. Sería una fantasía poco razonable, y además para no volver jamás allí porque yo también he establecido ya mi vida en otro lugar...

Al atardecer fuimos a terminar la peregrinación al bosque de color oscuro que, por el lado norte, comienza de inmediato, tan pronto como acaban las terrazas y los viejos balaústres.

He dicho que el barranco de las grutas es un lugar único; lo mismo podría decirse respecto a este bosque; recorriendo el mundo, no he encontrado nada que se le asemeje si no es quizá algún rincón perdido de Grecia. La carrasca, que en Francia no existe en estado de árbol sino en nuestras regiones del suroeste atemperadas por la brisa marina, luce hojas de un tono oscuro, algo grisáceas por debajo como las del olivo y, en invierno, cuando todo se desnuda a su alrededor, ella permanece en plena gloria. Es un árbol de vida muy lenta que necesita períodos infinitos para alcanzar su pleno desarrollo. Cuando ha podido desarrollarse en una tranquilidad inviolable, como aquí, su tronco múltiple se reúne en forma de haz, de manojo gigantesco; entonces, con su ramaje tupido de arriba abajo que llega hasta el suelo, con su hermosa forma redondeada, llega casi a la majestad del baniano de la India. Y resulta que este trozo de bosque no ha sido tocado a lo largo de los tiempos, se ha formado como ha querido, los árboles no están apretados unos junto a otros, sino explayados con tranquilidad, dejando entre ellos intervalos como en una especie de misterioso jardín. El suelo es aquí de una rara calidad: una meseta sobre la que los siglos sólo han depositado una leve capa de humus, que no es adecuada sino para pacientes esencias de árboles, así como para exquisitas pequeñas gramíneas, para musgos y líquenes. Por zonas, son los líquenes los que dominan; entonces, los céspedes adoptan tonos de un gris muy suave, el mismo gris que se ve aquí sobre todas las ramas y el envés de toda la frondosidad, y es un poco como si la ceniza de los años hubiera polvoreado el bosque. Antaño habrían trazado a través de los robledales dos o tres anchas avenidas; antaño, ya no se sabe cuándo; subsisten sin que haya necesidad de mantenerlas, pues este terreno no conoce ni el barro, ni las aulagas, ni las zarzas; esas avenidas son adorables, sobre todo en diciembre, porque las grandes carrascas y las phyllireas, que a veces forman viales a sus pies, no

pierden nunca la hoja; se puede caminar más de media legua sin ver nada más que esos árboles magníficamente similares, y cuando al fin se llega al borde de la muralla rocosa que circunda la meseta y sus arboledas para descender a la zona más baja de juncos y agua corriente, el horizonte que se descubre es, de nuevo, un horizonte sin edad.

Y el encanto tan singularmente soberano de este bosque es el espacio, los grandes pasajes libres por todas partes. Entre las espesuras majestuosas de los follajes verde bronce atenuados por las grisallas, se circula cómodamente sobre alfombras muy finas, y ello da una impresión de bosque sagrado, de parque elíseo. Estancia para la calma apenas nostálgica o incluso para el definitivo olvido, en la envoltura de los viejos árboles y de los viejos tiempos...

Cuando regresábamos sobre los terciopelos delicadamente matizados de los musgos verdes o grises, y cuando las torres del castillo, enrojecidas por el ocaso, empezaban a reaparecer entre los enormes robles tranquilos, mi anfitrión me dijo de repente:

-¡No! ¡es demasiado hermoso y seríamos demasiado culpables! Escuche, vamos a tratar de retrasar la venta si usted quiere ayudarnos a encontrar un comprador que no destruya todo esto...

He ahí pues por qué dirijo esta llamada a todos, y verdaderamente soy consciente de cumplir un deber para con mi provincia de Saintonge, incluso para con mi país. Habrá imbéciles, lo sé, que digan que hago una petición interesada, pero me va a dar igual, porque ellos serán los únicos que se lo crean.

En nuestra época, que es la de la fealdad invasora, la rabia desvergonzada de talar por todas partes llega a su paroxismo y, cuando nuestros descendientes comprendan al fin la dimensión de nuestra estupidez salvaje, será demasiado tarde, porque se necesitan siglos y siglos para volver a tener verdaderos bosques. En los Pirineos había uno, el de Iraty, que era inmenso y en el que el hacha no había penetrado jamás, y resulta que, muy pronto, quedará arrasado hasta el suelo por los fabricantes de no sé que clase de cartón. Todos los del este han sido vendidos a judíos alemanes, y el de Amboise está condenado a muerte. El Instituto de Francia que, supuestamente, debería ser el guardián de toda belleza, da ejemplo de todo lo contrario. Cerca de Hendaye donde tengo mi refugio, dos ancianos que yo respetaba mucho, habían donado en 1902 a la Academia de las Ciencias su castillo y sus bosques que se extendían hasta el borde de los acantilados marinos; avisado por el rumor público, muy acusador, fui ayer para comprobar su estado: desgraciadamente, ya no he hallado rastro de las avenidas por las que antes me paseaba con mis venerables amigos; los robles han sido cortados y en algunos lugares incluso se han arrancado los tocones. Así, una compañía de hombres distinguidos o ilustres que, por separado, lo desaprobaban todos, han cerrado los ojos ante este acto de vandalismo.

Sin embargo, en nuestro país no todos los ricos son vulgares hombres de negocios que lo derriban todo para alimentar las serrerías mecánicas o las fábricas de papel. A mi llamada tal vez surja un comprador de élite, digno de habitar en el castillo encantado y capaz de respetar en sus alrededores la vida de los grandes robles seculares. ¡Pero que se dé prisa, porque la amenaza es apremiante! Por discreción hacia él, me comprometería a renunciar a la peregrinación que hacía todos los años por determinados senderos, contento con la certeza de que el querido bosque en el que se quedaron todos mis sueños de niño, proseguirá el curso indefinido de su vida, incluso después de que yo haya dejado de existir.

Post-scriptum. Es necesario, no obstante, que me resigne a hacer una especie de anuncio más preciso porque me doy cuenta de que tal vez no sepan de qué estoy hablando. Se trata del castillo y del bosque de La Roche-Courbon, situado en Saintonge, a veintidós kilómetros de Rochefort, a unos treinta y cinco de Royan y a once de la estación más próxima.

## **La alegre romería de San Marcial**

Hendaya, ocho de la mañana del 30 del hermoso mes de junio. Es algo tarde para dirigirme a la montaña española, a la alegre romería de hoy. Los demás romeros, estoy seguro, están ya en camino y llegaré el último. ¡Da igual! En coche, con el fin de recuperar el tiempo perdido, salgo hacia San Marcial, con la esperanza de alcanzar la procesión que me lleva bastante ventaja.

La antigua capilla de San Marcial se encuentra situada en la cima de un collado puntiagudo, por delante de la gran cordillera pirenaica y desde aquí, desde las márgenes del Bidasoa, se la ve en el aire, muy blanca y muy sola, destacando sobre el alto telón sombrío de las montañas del fondo. Es allí adonde, desde hace aproximadamente cuatro siglos, hay costumbre de dirigirse todos los años en la misma fecha, para asistir a una misa, con música y trajes regionales, en memoria de una antigua batalla que dejó sobre esta pequeña cumbre numerosos muertos tendidos sobre el helechal.

Ha llovido durante toda la noche pasada; los campos mojados están verdes hasta el infinito, con ese verde fresco y primaveral que dura más o menos hasta el otoño en esta región de sombra y cálidos chaparrones. La montaña de San Marcial está particularmente verde a causa de los helechos que la cubren como una alfombra; también crecen en ella robles de hojas aún tiernas que se encuentran diseminados con gracia como los árboles de un parque sobre el césped. Puesto que en esta ocasión voy en coche, tomo la nueva carretera para subir hasta la capilla blanca de la cima. Pero otros caminos -estrechos senderos, atajos apenas trazados sobre la hierba y las florecillas silvestres- conducen más directamente hacia allá arriba. Y todo esto que, salvo este día consagrado, permanece solitario de un extremo al otro del año, está lleno de gente en estos momentos, lleno de romeros y romeras rezagados como yo, que se apresuran, que ascienden alegremente entre risas. ¡Oh!, ¡qué agradables atuendos claros, qué agradables corpiños rosas o azules los de las jóvenes vascas, siempre tan bien acicaladas y tan bien peinadas que hoy parecen flores sobre todo el manto verde de la montaña!

Por los arduos senderos suben también vendedores de caramelos, de chucherías, de vinos dulces y de cocos, llevando sobre la cabeza sus mercancías que forman extravagantes edificios. Y niños, innumerables niños que ascienden por grupos, por familias, alargando sus pequeñas piernas, los más jóvenes a remorque de los de más edad, todos con su boina vasca por supuesto, y apresurados, diligentes, cómicos. Se ven algunos que suben a cuatro patas, con aspecto de rana, agarrándose a las matas. Esos pequeños son, por otra parte, los únicos peregrinos algo serios, los únicos que no se divierten: sus ojos desencajados expresan la inquietud de no llegar a tiempo, el temor de que la montaña sea demasiado alta; y se apresuran, se apresuran tanto como pueden, como si su presencia en esta fiesta fuera una necesidad capital.



La carretera, serpenteante, en la que mis caballos trotan pese a la empinada cuesta, cruza dos, tres, cuatro, cinco veces, los atajos de los peatones, y a cada vuelta encuentro a las mismas personas que, aunque van a pie, llegarán antes de yo en mi absurdo coche. Hay sobre todo una pandilla de jovencitas de Fuenterrabía con trajes de indiana rosa, que encuentro a cada momento. Ya nos conocíamos vagamente por habernos visto en fiestas, en procesiones, en corridas de toros, en todas esas reuniones al aire libre que son la vida del País Vasco, y esta mañana, después de la segunda vuelta que nos pone uno frente a las otras, empezamos a sonreírnos. A la cuarta, ya nos decimos «Buenos días». Y, divertidas por ello, se apresuran aún más para que nuestros encuentros se repitan hasta llegar arriba. ¡Dios mío! ¡Qué ingenuo he sido al coger un coche para ir más rápido, sin pensar en las revueltas que no acaban nunca! Llegan siempre antes que yo a los puntos de cruce, algo burlonas de mi lentitud, un poco sofocadas también, ¡pero tan poco!, con el pecho gentilmente jadeante bajo el tejido ligero y tenso, las mejillas rojas, los ojos vivos, la sangre alerta de los contrabandistas y de los montañeros corriendo por todas sus venas...

A medida que ascendemos, la comarca que parece crecer alrededor, se muestra admirablemente verde tanto a lo lejos como de cerca. A nuestra altura todo está poblado de árboles y frondoso, es un mundo de árboles y de helechos. Y, más verde aún que la montaña, el valle del Bidasoa, muy lejos ya bajo nuestros pies, extiende hasta las arenas de las playas, el tono intenso de su maíz reciente. Luego, más lejos, hacia el horizonte del norte, el golfo de Vizcaya se extiende infinitamente azul a lo largo de las dunas y de las landas de Francia cuya línea podría seguirse como sobre un mapa hasta los confines de Gascuña.

Pero, mientras toda esta región de llanuras y océano se ama en profundidad, al lado opuesto, detrás del collado al que subimos, los Pirineos por el contrario nos producen el efecto de subir con nosotros, cada vez más altos y más abrumadores por encima de nuestras cabezas; al pie de sus moles oscuras, envueltas aún por las nubes y por los últimos chaparrones de la noche, diríase que esta pequeña montaña en la que nos encontramos y esta pequeña capilla a la que nos apresuramos por llegar, son un poco como juguetes de niños.

Sin lugar a dudas voy muy retrasado pues al levantar los ojos veo que la procesión está más cerca de llegar de lo que yo creía; en la última revuelta de la carretera, casi a punto de llegar al final, la multitud con las boinas carlistas camina como un reguero rojo sobre el magnífico verde de los helechos. Y he aquí que, cuando se acercan, la campana de la capilla entona el repiqueteo de las fiestas. Y enseguida se escuchan los disparos que indican que han llegado. Se acabó, nos hemos perdido su entrada.

Aparte de algunos pocos chiquillos que se han quedado en apuros entre las matas, las chicas y yo somos los últimos en llegar más o menos, las chicas de trajes rosas o azules que no han perdido distancia en los repechos del final. Mi coche va a reunirse con otros que ya están descansando, con algunos caballos de montar, algunas mulas desenganchadas, y empiezo a hendir a pie el alegre gentío agrupado en la explanada que domina la capilla. Al ver tantas boinas rojas sobre aquellos grandes fondos verdes diríase realmente que se trata de un campo de amapolas; y detrás de nosotros la vieja capilla luce completamente blanca gracias a la mano de cal que le dieron en primavera.

La misa que va a celebrarse sobre esta cima, dado que se conmemora la victoria que las milicias vascas lograron antaño sobre las tropas franco-alemanas, será una misa militar, con movimiento de armas y toque de trompetas. También la procesión es militar, o al

menos tiene intención de serlo; al subir los caminos en zigzag arrastraba un cañón de campaña; precedida por un venerable estandarte de la Edad Media, tenía casi el aspecto y el orden de un pequeño ejército. Soldados y oficiales por un día, con uniformes de fantasía, son jóvenes cualquiera disfrazados para la ocasión y manejando escopetas de caza. Sobre todo hay cantineras, cantineras en profusión, pues cada compañía de una decena de soldados tiene su cantinera, rozagante y risueña: alguna hija de contrabandista o de pescador, hoy con falda corta de terciopelo y corpiño dorado, cubierta con la boina carlista y marchando alegremente al paso mientras agita su abanico.

Este pequeño ejército está allí ahora, a la desbandada y charlando hasta el comienzo de la misa. Pese al viento fresco de la cima, los abanicos de las cantineras siguen agitándose como si hiciera realmente calor.

Al borde mismo de la explanada, sobre un muro bajo que verdea el musgo, las cantineras se sientan un instante para descansar después de haber levantado cuidadosamente sus bellas faldas de terciopelo. Y se abanican, se abanican, con su facilidad española para variar ese gesto. También se inclinan para divertirse mirando el panorama que queda abajo: Fuenterrabía, Hendaya, Irún, Behovia, casitas de color rojizo aquí y allá, reunidas en torno a un viejo campanario, en medio del invasor verdor de los árboles; y el Bidasoa, con sus rodeos y sus islotes, contoneándose en arabescos azules en el reino del maíz verde...

Aquellas jóvenes, -no excesivamente bonitas, no obstante- la gracia de sus posturas, el oropel de sus trajes, todo llega a armonizar de una forma deliciosa con los horizontes risueños y claros que van a perderse allá lejos hacia el océano. Y por contraste, el otro lateral del inmenso cuadro, el lado de las montañas, permanece esta mañana en una sombra bravía; sobre nosotros los pardos Pirineos, conservando sus nubes de tormenta, se obstinan en componer allá arriba unos fondos dantescos y sombríos que desentonan con las alegrías circundantes.

La misa se celebrará al aire libre sobre la terraza, ante el incomparable panorama del golfo de Vizcaya. El altar, cubierto con un paño rojo y una muselina, se ha colocado junto al viejo muro blanco de la capilla, por encima del osario donde reposan los restos de los combatientes de antaño, y se trasladan uno a uno, con respeto, los objetos sagrados que estaban en el coro: velas que se encienden pero cuya llama atosiga el aire intenso; una custodia, una campanilla y finalmente la antigua imagen de San Marcial que, una vez al año, abandona la húmeda penumbra para venir a ver un poco el sol del incipiente verano.

Ahora, al toque de trompeta, el ejército juvenil, los soldaditos y sus pequeñas cantineras, intentando recogerse por un instante, se alinean alrededor de los sacerdotes y la misa comienza. Sin duda porque hace demasiado viento aquí y porque hay demasiado espacio vacío, la trompeta tiene un sonido delicado, un sonido vacilante y como perdido. Lo mismo sucede con la fanfarria de Irún que asiste a la ceremonia, que se oye como con sordina, pues el viento y la altitud amortiguan probablemente las notas de sus instrumentos de metal.

Todo el mundo acaba de poner la rodilla en la hierba, es la Elevación... Un minuto de auténtico y religioso silencio. La música entona suavemente el himno nacional; las boinas rojas se inclinan cada vez más, hasta el suelo, y las ancianas prosternadas, con el rostro oculto entre sus mantillas de luto, pasan las cuentas de su rosario. Es adorablemente bello ver al sol aquellos sacerdotes con las dalmáticas de seda antiguas,

aquellos grupos arrodillados, y oír aquella música que parece lejana. Tal vez se eleve en este momento hacia el cielo algo de aquella oración dicha sobre una montaña, por encima de los campanarios de los pueblos, en medio de la magnificencia de la vegetación de junio, entre los Pirineos oscuros y el despliegue azul del mar...

Pero la impresión religiosa es furtiva aquí, con toda esta juventud excitada. La charanga, que primero tocaba fragmentos casi lentos y pensativos, no puede mantenerse mucho tiempo en ello y pronto pasa a ritmos más alegres y, de repente, se lanza deliberadamente a una melodía de fandango.

*Ite, missa est.* Todo el mundo se incorpora. El pequeño regimiento de boinas rojas da la vuelta a la capilla con paso marcial y luego dispara sus escopetas al aire. ¡Se acabó, ahora van a poder divertirse! Primero se sientan sobre la hierba para comer caramelos y beber vino viejo. Luego, con la música al frente, van a descender contoneándose. Con numerosos alardes, paradas, contramarchas y saludos, se dirigirán a devolver el estandarte sagrado a la alcaldía de Irún. E, inmediatamente después, bailarán en la plaza, bailarán desenfrenadamente hasta medianoche.

P.S.- Sábado, 1 de julio. Dos jóvenes romeros se apuñalaron de muerte anoche, al regresar de San Marcial, pues uno había considerado que su prometida se había sentado demasiado cerca del otro, allá arriba, entre los helechos.

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**